

que tengan por virtud el observar sus promesas: vengan las injusticias; pero al mismo tiempo que las castigan en otros, no tienen mas fin que publicar que ellos no son capaces de cometerlas: son protectores de los flacos; pero es porque quieren tener Panegyristas de su generosidad; y á lo que mas atienden en su opresion, y en su miseria, es á los elogios que de esto les han de resultar.

Sermon para el Viernes Santo. Tom. X. fol. 129.

AMamos la equidad y la justicia quando nos resulta utilidad y gloria de declararnos á su favor, quando con esto aseguramos los aplausos del público, quando nuestro valor nos hace visibles en el mundo, y quando somos mayores á vista de los hombres defendiendo la verdad con un valor heroyco, de lo que seriamos usando de ardidés y de disimulo: buscamos la gloria y los aplausos en la obligacion; y casi siempre es la vanidad quien dá defensores á la verdad.

Sermon para el Domingo de Pasion. Tom. X. fol. 97.

SI á un virtuoso segun el mundo, se le presenta una ocasion segura de desacreditar á un enemigo, ó de abatir á un rival, con tal que pueda conservar la gloria y la reputacion de moderado, hará muy poco caso de no tener el mérito de tal: como su venganza no ofenda á su honor, no la mirará como indigna de su virtud: si le ponemos en un estado en que pueda componer su pasion con la estimacion pública, ningun cuidado le dará de que sea repugnante á su obligacion: en una palabra, el ser tenido por justo es para él lo mismo que serlo en la realidad.

Co-

Como las virtudes humanas nacen regularmente del seno de la soberbia, y del amor á la fama, inmediatamente encuentran con su ocaso: como solamente están formadas para la vista del público, se apagan al dia siguiente, como sucede á aquellos fuegos pasajeros, que se desvanecen entre la obscuridad y las tinieblas: como solamente estrivan en las circunstancias, en las ocasiones, y en los juicios de los hombres, caen continuamente con estos débiles apoyos: como son funestos frutos del amor propio, siempre están sujetos á la inconstancia de su imperio: finalmente, siendo obra débil del hombre, no pueden tener mas resistencia que él.

Solamente la Religion es quien dá seguridad á la virtud, porque los motivos que nos ofrece siempre son los mismos: aun quando no tuviera mas premio para con los hombres que la infamia y el oprobrio, al justo siempre le pareceria gloriosa y apreciable: aun quando corriera peligro su vida, no la rescataria á costa de la virtud: el secreto, ni el no tener que temer el castigo, no le puede servir de atractivo para el vicio: aun quando la fama, y las públicas aclamaciones le solicitaran á que abrazase una empresa ambiciosa è injusta, preferiria la obligacion y la regla que la condena, á los aplausos de todo el Universo que la aprobese.

DE LOS HOMBRES.

Sermon para el dia de la Natividad de nuestro Señor Jesu-Christo. Tom. I. fol. 247.

EN el principio no estaban unidos los hombres entre sí, ni por un mismo culto, ni por una esperanza comun: se miraban unos á otros como si fueran de especie diferente: la diversidad de Religiones, de costumbres, de países, de idiomas y de intereses parece que habia diversificado en ellos la misma naturaleza:

Tomo XI.

M

ape-

apenas se conocian unos à otros por la figura de la humanidad, que era la única señal de union que los habia quedado: se exterminaban como bestias feroces; fundaban toda su gloria en despoblar la tierra de sus semejantes, y en llevar en triunfo sus cabezas ensangrentadas, como públicos monumentos de sus victorias: parece que habian recibido su sér de diferentes criaturas irreconciliables, que siempre hubiesen estado pensando en destruirse unas à otras, y que solamente los habian colocado en la tierra para vengar sus diferencias, y dar fin à ellas con la total ruina de uno de los dos partidos: todo dividia à los hombres, y nada los unia entre sí, sino las pasiones è intereses, que eran la única raiz de sus divisiones y discordias.

La guerra y el furor parece que han establecido entre los hombres una mansion perpetua. Los Reyes se levantan contra los Reyes, y los pueblos contra los pueblos: los mares que los separan, los juntan para que se destruyan mutuamente: un despreciable monton de piedras arma su furor y su venganza; y las Naciones enteras van à perecer y sepultarse debaxo de sus muros por disputarse sus ruinas: toda la tierra no es bastante para contenerlos y fixarlos dentro de los límites que la naturaleza ha señalado à los Estados è Imperios: cada uno quiere usurpar la posesion de su vecino; y un miserable campo de batalla, que apenas basta para sepultura de los que le han disputado, es el premio de los arroyos de sangre con que queda inundado para siempre. Aun mas: el mismo recinto de las Ciudades, que nos une baxo unas mismas leyes, no puede unir los corazones y afectos: los rencores y las embidias dividen à los Ciudadanos, del mismo modo que à las Naciones: las venganzas se perpetúan en las familias; y los padres las derivan à sus hijos como herencia de maldicion: por mas que la autoridad del Principe desarme el brazo, no desarma el corazon: aunque quite à los hombres la espada de

de las manos, éstos hieren mas cruelmente à sus enemigos con la espada de la lengua: como el rencor se vé precisado à ocultarse, se halla mas profundo y mas cruel; y el perdonar una injuria se mira como una flaqueza que deshonra: la union y la paz parece que están desterradas de entre nosotros: los rencores dividen la Corte, la Ciudad, y las familias; y aquellos à quienes los puestos que ocupan, los intereses del Estado, las correspondencias, y aun la sangre, debieran unir, se despedazan y destruyen: quisieran arruinarse y levantarse los unos sobre las ruinas de los otros; y no se atiende à la Religion, que aun en nuestros mismos enemigos nos manifiesta à nuestros próximos: vivimos tranquilamente en este funesto estado: la equidad de nuestras quejas para con nuestros enemigos, nos sosiega acerca de la injusticia de nuestro rencor, y del aborrecimiento que los tenemos; y si acaso los perdonamos en la hora de la muerte, no es porque los amemos, sino porque el corazon, ya medio muerto, no tiene fuerzas para aborrecerlos, porque todos nuestros sentimientos están ya casi apagados; ò à lo menos porque no sentimos mas que nuestro desfallecimiento, y nuestra próxima extincion.

DE LAS PASIONES.

Sermon para el dia de la Natividad de nuestro Señor Jesu-Christo. Tom. I. fol. 239.

EL hombre entregado à sus injustas y violentas pasiones siente dentro de sí una guerra muy cruel: hecho presa de sus inquietudes, y de los furores de su propio corazón, combatido con la multitud y contradicción eterna de sus desarregladas inclinaciones, no puede hallar la paz, porque solamente la busca en la misma raíz de sus inquietudes: los Philosophos se preciaban de poderla dar à sus discipulos; pero la universal calma de las pasiones que prometian à sus Sábios, y que anunciaban con tanto émfasis, aunque podia impedir las demostraciones exteriores, dexaba todo el veneno, y todo el tumulto en el corazón: era una paz de vanidad y de pura ostentacion: disfrazaba el exterior; pero debaxo de esta máscara, el hombre siempre se hallaba el mismo.

Paráphrasis del Psalmo VII. Tom. IX. fol. 33.

NO se llega de repente à los excesos del rencor, de la mala fé y de la calumnia: el honor, algunas reliquias de rectitud, y el estar el corazón poco familiarizado con la culpa, le impiden el que se entregue à estas infamias, las que sin duda le asustarian, y que solamente se llega à ellas por grados: en el principio se empieza dando entrada en el corazón à algunos injustos pensamientos de embidia contra el próximo: sus talentos, su reputacion y su prosperidad son otros tantos gusanos que nos consumen y despedazan interiormente: quanto mas se aumenta su gloria y su fortuna, mas se enciende y fortifica nuestra aversion: ésta se

se convierte dentro de nosotros en un veneno que nos despedaza, y en una raíz de amargura que marchita nuestro corazón: estas disposiciones son como los dolores que anuncian un parto muy funesto: luego que el alma se halla inficionada de este veneno, y que no le puede contener dentro de su seno, ya no la cuesta trabajo el producir monstruos: y aun la sirve de alivio el arrojar fuera de sí los mas infames frutos de la iniquidad y del rencor; esto es, la impostura, el artificio, la violencia, la inhumanidad y la calumnia.

Sermon para el Jueves de la Semana de Pasion. Tom. VI. fol. 165.

POR mas que se diga que los cuidados de las pasiones dán motivo à la felicidad de los que se dexan arrastrar de ellas, éste es un idioma de que se precia el mundo, pero que se halla desmentido por la experiencia: ¿qué suplicio no es para una persona que desea agradar, el haber de emplear tantos cuidados en conservar una hermosura que todos los dias se va borrando y deshaciendo? ¿Qué molestia, y qué desvelos no tiene que sufrir? Necesita violentar sus inclinaciones, sus placeres, y su pereza: ¿qué secreto pesar quando estos cuidados han sido inútiles, y quando ve que los atractivos de otras personas han sido mas felices, y han tenido mas habilidad para ganarse las voluntades! ¿Qué tiranía la de las modas! Y con todo eso es necesario sujetarse à ellas, à pesar de los negocios que nos instan, de un Esposo que lo reprehende, del Mercader que murmura, y aun acaso que hace pagar muy bien las tardanzas y dilaciones. Quiero pasar en silencio los cuidados de la ambicion: ¿qué vida es la que se pasa entre medidas, proyectos, temores, esperanzas, sustos, embidias, sumisiones y baxezas! Tampoco hablo de los empeños que